

Más por grato que le fuese este homenaje, no era Gasca hombre que gastaba el tiempo en inútiles vanidades. Pensó desde luego en los medios de destruir los gérmenes de desorden que con tanta facilidad brotaban en aquel fructífero suelo, y de asentar la autoridad del gobierno sobre una base permanente. En virtud de su empleo presidía la audiencia, que era el gran tribunal judicial y aun ejecutivo de la colonia; dedicóse, pues, con empeño á despachar los muchos negocios que se habían acumulado durante los últimos disturbios. El desarreglo en que se hallaba la propiedad daba abundante motivo para litigios; mas afortunadamente la nueva audiencia se componía de jueces rectos y entendidos que trabajaron con diligencia cooperando con su presidente á remediar el daño causado por el mal gobierno de sus predecesores.

Tampoco abandonó Gasca á los indios, antes bien se ocupó con sumo cuidado en resolver este difícil problema: cuál era el medio mejor, mas adecuado y practicable para mejorar su condicion. Envió varios comisionados en clase de visitantes á los diversos puntos del país para inspeccionar las encomiendas y averiguar el trato que se daba á los indios, conferenciando no solo con los propietarios sino con los mismos naturales. Debían tambien examinar la naturaleza y estension de los tributos que pagaban en los primitivos tiempos como vasallos de los Incas (1).

De este modo se obtuvo una gran copia de datos, que puso á Gasca en situacion de plantear, con el auxilio de unajunta de eclesiásticos y jurisperitos, un sistema uniforme de contribuciones para los indios, mas ligero aun del que pesaba sobre ellos en tiempo de los príncipes peruanos. De buena gana habria el presidente relevado á las razas conquistadas de las obligaciones del servicio personal; pero considerando el asunto maduramente, juzgó esta medida impracticable en el estado en que se hallaba el país, pues los colonos, especialmente en las regiones tropicales, tenían necesidad de valerse de los indios para los trabajos, y los indios, segun la experiencia habia demostrado, no trabajaban nunca como no se les obligase á ello. Limitó sin embargo el servicio de modo que no podia exigirse sin gran precision, y así moderó considerablemente el tributo personal. A ningun peruano se le podia obligar á que pasase de un clima á que estaba acostumbrado á otro diferente: cambios que frecuentemente habían dado origen á grandes perjuicios y enfermedades en los pasados tiempos. De este modo la condicion de los indios, aunque no llegó á ser tal como la deseaba la ardiente filantropía de Las Casas, se mejoró mucho mas de lo que era compatible con las codiciosas exigencias de los colonos; y fue necesaria toda la firmeza de la audiencia para llevar á efecto disposiciones tan desagradables para estos últimos. Mas al fin se cumplieron: la esclavitud, en el sentido mas odioso de esta palabra, no fue tolerada ya en el Perú: la palabra «esclavo» no fue reconocida como compatible con las instituciones, y el historiador de las Indias se jacta orgullosamente de que todos los vasallos indios podían aspirar á la categoría de hombres libres (2).

(1) «El Presidente Gasca mandó visitar todas las provincias y repartimientos deste Reyno, nombrando para ello personas de autoridad, y de quien se tenia entendido que tenían conocimiento de las tierras que se les encargavan, que ha de ser la principal calidad que se ha de buscar en la persona á quien se comete semejante negocio despues que sea cristiano; lo segundo se les dió instruccion de lo que havian de averiguar que fueron muchas cosas: el número, las haciendas, los tratos y grangerias, la cantidad de la gente y de sus tierras y comarcas y lo que davan de tributo.» Ordegaro, Rel prim., MS.

(2) «El presidente i el audiencia dieron tales órdenes; que este negocio se asentó de manera que para adelante no se

Ademas de estas reformas, Gasca introdujo muchas en el gobierno municipal de las ciudades, y otras aun mas importantes, en el manejo de los fondos públicos y en el modo de llevar las cuentas. Con estos y otros cambios en la economía interior de la colonia asentó la administracion sobre una nueva base, y facilitó en gran manera á sus sucesores el camino para constituir un gobierno mas sólido y ordenado. Como medida final para asegurar el reposo del país despues de su marcha, envió á algunos de los caballeros mas ambiciosos á expediciones distantes, confiando en que allí podrian dar rienda suelta á su espíritu inquieto y turbulento sin perjuicio de la tranquilidad de la colonia así como á veces las nieblas que se han desvanecido con la influencia del sol se condensan y forman tempestad cuando el sol se pone (3).

Gasca habia permanecido ya mas de quince meses en Lima, y cerca de tres años habían trascurrido desde su entrada en el Perú. En este tiempo habia llevado á cabo el grande objeto de su mision. Al desembarcar halló la colonia en estado de anarquía, ó mas bien de rebelion organizada bajo la direccion de un gefe poderoso y popular. Sin fondos ni fuerza armada que le auxiliase, se proporcionó los primeros por el crédito que logró granjearse, y la segunda por medio de persuasivos argumentos dirigidos á las personas á quienes su rival la habia encomendado. Así volvió las armas de su rival contra él mismo. Apelando con paciencia y perseverancia á la razon, cambió los sentimientos del pueblo, y sin derramar una gota de sangre leal, sofocó una rebelion que amenazaba á España con la pérdida de la mas rica de sus provincias. Castigó á los criminales, y con sus despojos halló medio de premiar á los fieles. Fomentó los recursos del país de modo que pudo pagar el grande empréstito que habia negociado con los comerciantes de la colonia para los gastos de la guerra y que pasaba de novecientos mil pesos de oro (4). Ademas con su economía ahorró millon y medio de ducados para el gobierno que hacia algunos años no recibia nada del Perú, y se propuso llevar á España este aceptable tesoro para aumentar el caudal de las arcas reales (5). Todo esto lo hizo sin coste, comision, salario ni descuento alguno para la corona, salvo el de su frugal mantenimiento (6). El país se hallaba tranquilo; Gasca habia terminado su obra, y podia ya satisfacer el natural deseo de volver á su patria.

Antes de su partida arregló la distribucion de aquellos repartimientos que durante el año anterior habían vuelto á la corona por muerte de sus poseedores. La vida era corta en el Perú, pues los que vivian por la espada, si por ella no morian, eran con frecuencia víctimas de los penosos incidentes de su

platicó mas este nombre de esclavos, si no que la libertad fue general por todo el reino.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. V, cap. VII.

(3) MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXVII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. XCIII—XCV.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. X.

(4) «Recogió tanta suma de dinero, que pagó novecientos mil pesos de oro que se halló haver gastado desde el día que entró en Panamá hasta que se acabó la guerra, los cuales tomó prestados.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, libro V, cap. VII.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VII, cap. X.

(5) «Aviendo pagado el Presidente las costas de la guerra, que fueron muchas, remitió á S. M. y lo llevó consigo 264,422 marcos de plata que á seis ducados, valieron 1.686,552 ducados.» MS. de Caravantes.

(6) «No tubo ni quiso salario el Presidente Gasca sino cédula para que á un mayordomo suyo diesen los oficiales reales lo necesario de la real hacienda, que como parece de los quadernos de su gasto fue muy moderado.» (MS. de Caravantes.) Gasca parece que fue muy exacto en llevar la cuenta de sus gastos personales desde el tiempo en que se embarcó para la colonia.

carrera de aventuras. Muchos fueron los pretendientes para esta nueva bondad del gobierno y entre ellos algunos de los que habían quedado descontentos en la primera reparticion. Gasca se vió asaltado de solicitudes y aun de reconvenciones hechas en lenguaje no muy respetuoso; pero estas no podian turbar su igualdad de ánimo. Escuchaba con paciencia y respondia á todos en el suave y apacible tono mas á propósito para calmar sus pasiones; «en lo cual, dice un antiguo escritor (1), hizo mas que vencer y ganar todo aquel imperio, que fue vencerse á sí propio.»

Un incidente ocurrió la víspera de su partida, patético en sí mismo y honroso para los que en él tuvieron parte. Los caciques indios de las cercanías, agradecidos á los grandes beneficios que habia hecho á su pueblo, le ofrecieron una gran cantidad de plata, como muestra de reconocimiento. Pero Gasca se negó á recibirla, aunque al hacerlo dió un gran sentimiento á los peruanos que temieron haberle desagradado involuntariamente.

Muchos de los principales colonos, tambien con el deseo de mostrarle su gratitud, le enviaron, despues de embarcado, un magnífico donativo de cincuenta mil castellanos de oro, diciéndole que habiendo ya salido del Perú no tenia motivo alguno para rehusar el presente. Pero Gasca estaba tan decidido entonces como antes á no aceptarlo, y respondió que habia ido al país para servir al rey y asegurar la paz á los habitantes, y que ya que con el favor del cielo lo habia conseguido, no queria deshonrar su causa con un acto que pudiera dar origen á que se sospechase de la pureza de sus intenciones. No obstante su negativa los colonos consiguieron poner secretamente á bordo del buque en que iba veinte mil castellanos de oro, con la idea de que una vez en España y terminada su mision se desvanecerian sus escrúpulos. Gasca aceptó en efecto el donativo pensando que seria ya un desaire á los colonos rehusarlo; pero luego que supo la residencia de los parientes de estos lo distribuyó entre los mas necesitados (2).

Arreglados ya sus asuntos encomendó el gobierno hasta la llegada de un virey á sus fieles colegas de la real audiencia; y en enero de 1550 se embarcó con el real tesoro y se dirigió con una escuadra á Panamá. Acompañáronle hasta la playa multitud de habitantes caballeros y pueblo, personas de todas edades y condiciones que salieron á ver por última vez á su bienhechor y siguieron con los ojos fijos en el buque hasta que desapareció.

Su viaje fue feliz, y á principios de marzo llegó á Panamá. Allí se detuvo solamente el tiempo necesario para reunir mulas y caballos que pudiesen llevar el tesoro por los montes, pues sabia que aquella parte del país abundaba en gente feroz y codiciosa que sabiendo la riqueza que conducia podria cometer con él algun acto de violencia. Despues cruzó el fragoso istmo, y al cabo de una penosa marcha llegó sin novedad á Nombre de Dios.

Los sucesos justificaron sus temores; porque apenas hacia tres dias que habia salido de Panamá, una horda de bandidos, despues de haber asesinado al obispo de Goatemala, entró en aquel punto con el desiguio de matar á Gasca y apoderarse del tesoro. No bien supo esta noticia, con su habitual energía levantó fuerzas y se preparó á marchar en auxilio de la ciudad invadida. Pero la fortuna, ó por mejor decir la Providencia, le favoreció allí como en todas partes; y la víspera de su partida supo que los merodeadores habían sido alcanzados por los habitantes y derrotados con gran pérdida. Disolvió, pues, sus tropas y armó una flota de diez y nueve buques para

(1) Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. VI, cap. VII.

(2) Fernandez, Historia del Perú, parte I, lib. II, capítulo XCV.

trasladarse con el tesoro á España, adonde llegó con felicidad, entrando en Sevilla al cabo de poco mas de cuatro años de su salida del mismo puerto (3).

Grande fue la sensacion que causó en todo el país su llegada. Apenas se podia creer que en tan corto plazo se hubieran conseguido resultados tan importantes por un solo hombre, por un pobre eclesiástico, que, sin auxilio del gobierno, y por decirlo así, con su sola fuerza, habia sofocado una rebelion que por tanto tiempo habia desafiado las armas de España.

El emperador se hallaba en Flandes. Mucha satisfacción le causó la noticia del éxito completo de la mision de Gasca, y no menor la llegada del tesoro que aquel traia consigo, porque las cajas reales, que raras veces rebosaban, se hallaban entonces exhaustas á consecuencia de los recientes disturbios de Alemania. Carlos escribió inmediatamente al presidente mandándole que se presentase en la corte para saber de sus propios labios los resultados de su expedicion. Gasca, en consecuencia, seguido de numeroso séquito de nobles y caballeros (porque ¿quién no rinde homenaje á aquel á quien el rey se complace en honrar?) se embarcó en Barcelona, y despues de un viaje favorable llegó á Flandes y se presentó en la corte.

El soberano, que apreciaba en todo su valor sus servicios, le recibió del modo mas lisonjero para él, y poco despues le elevó á la silla episcopal de Palencia, recompensa la mas adecuada á su carácter y servicios. Allí permaneció hasta 1561, en que fue promovido á la vacante de Sigüenza. El resto de sus dias los pasó pacíficamente en el cumplimiento de sus funciones episcopales honrado por su rey y gozando de la admiracion y respeto de sus compatriotas (4).

En su retiro fue todavia consultado por el gobierno en materias de importancia relativas á las Indias. Renováronse los desórdenes de aquel infeliz país, aunque en escala mucho menor, poco despues de la partida del presidente, causados por el descontento que habían producido los repartimientos y por la constancia de la audiencia en llevar á cabo las restricciones relativas al servicio personal de los indios. Pero estos desórdenes se apaciguaron al cabo de muy pocos años bajo el sábio gobierno de los Mendozas, dos vireyes sucesivos de esta ilustre casa que ha dado tantos hijos útiles á España, y que continuaron la templada, pero resuelta política de que Gasca habia dado el ejemplo. Curáronse luego de un modo permanente las antiguas llagas del país; y la paz y la prosperidad devueltas al Perú, unidas á la conviccion de los beneficios que habían producido sus tareas, debieron llenar de satisfacción, como llenaron de gloria, los últimos años de la vida del presidente.

Gasca murió en Valladolid, á últimos de noviembre de 1567, en una edad que probablemente no pasaba del término que el escritor sagrado fija á la existencia humana (5). Fue enterrado en la iglesia de Santa María Magdalena, que habia hecho construir y dotado libremente. Su monumento, coronado por una eligia que le representa en hábito sacerdotal, existe todavia en el mismo sitio, donde atrae la admiracion del viajero por la belleza de su ejecucion.

(3) MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXIII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte II, libro I, cap. X, Conq. del Perú, lib. VII, cap. XIII.—Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. VI, cap. XVII.

(4) Ibid., ubi supra.—MS. de Caravantes.—Gomara, Hist. de las Indias, cap. CLXXXII.—Fernandez, Hist. del Perú, parte II, lib. I, cap. X.—Zárate, Conq. del Perú, libro VII, cap. VIII.

(5) No he podido encontrar relacion alguna que diga en qué año nació Gasca; pero en una inscripcion puesta sobre su retrato en la sacristía de la iglesia de la Magdalena en Valladolid, se lee que murió en 1567 á la edad de sesenta y un años. Esto está perfectamente de acuerdo con la edad que podria tener cuando estudiaba en Salamanca en 1522.

Sobre la tumba, como trofeos de su memorable expedición al Perú, se pusieron las banderas que tomó á Gonzalo Pizarro en el campo de Xaquixaguana (1). Las banderas se han convertido despues en polvo con los restos del que dormía debajo de ellas; pero la memoria de sus actos durará eternamente (2).

Gasca tenía aspecto vulgar y figura no muy agradable. Era feo y desproporcionado; sus piernas eran demasiado largas para su cuerpo: así cuando montaba á caballo parecía tener una estatura mucho mas corta de la que realmente tenía (3). Su traje era humilde, sus maneras sencillas y su presencia nada imponente; pero tratado mas de cerca, su conversación tenía un encanto que borraba toda impresion desfavorable y ganaba el corazón de su auditorio.

Su carácter está ya suficientemente delineado en la historia que hemos dado de su vida. Presentaba una combinación de cualidades que por lo general se neutralizan mutuamente, pero que en él estaban mezcladas en tal proporción que aumentaban su energía. Era amable, pero resuelto; intrépido por naturaleza, pero mas aficionado á emplear el arte de la política que el de la guerra; frugal en sus gastos personales y económico en los públicos; pero poco amigo de adquirir riquezas para sí, y de liberalidad inagotable cuando el bien general lo exigía; benévolo y compasivo, aunque severo con el culpado impenitente; humilde en su aspecto, pero con esa dosis de amor propio que nace de la rectitud de las intenciones; modesto y sin pretensiones, pero incapaz de retroceder ante las mas dificultosas empresas; deferente con los demas, sin dejar de confiar principalmente en sí propio; reflexivo en sus movimientos, paciente para aguardar la ocasión, pero cuando esta se presentaba, atrevido, pronto y enérgico.

No era hombre de genio en el sentido que vulgarmente se da á esta palabra. A lo menos no parece que ninguna de sus facultades intelectuales tuviese un extraordinario desarrollo mayor que el que se encuentra en los demas hombres. No era gran escritor, ni gran orador, ni gran general, ni pretendía serlo. Encomendó el cuidado de los negocios de la guerra á los militares, el de los negocios de la iglesia á los eclesiásticos, y el de los negocios civiles y judiciales á los individuos de la audiencia. Pero tenía un profundo conocimiento de los caracteres, y cualquiera que fuese el empleo, siempre le proveía en el mas apto. Hizo mas: supo asegurarse la fidelidad de sus agentes; presidió á sus deliberaciones, dictó la línea general de política que debían seguir é infundió en ellos un espíritu de unidad en sus planes que les hizo cooperar al cumplimiento del gran objeto que se había propuesto.

Una de las cualidades mas notables en su carácter era la sensatez, que es la que mejor puede suplir al

(1) «Murió en Valladolid, donde mandó enterrar su cuerpo en la iglesia de la advocación de la Magdalena, que hizo edificar en aquella ciudad, donde se pusieron las banderas que ganó á Gonzalo Pizarro.» MS. de Caravantes.

(2) La memoria de sus hechos no ha quedado enteramente al cuidado del historiador. No hace mucho tiempo que el carácter y administración de Gasca fueron objeto de un elocuente panegirico, pronunciado por uno de los mas distinguidos individuos del parlamento inglés. (Véase el discurso de lord Brougham sobre el mal trato de las colonias norte-americanas, febrero 1858.) El ilustrado español moderno que contemple con dolor los sucesos cometidos por sus compatriotas en el siglo XVI en el Nuevo Mundo, puede sentir un honrado orgullo al ver que entre hombres de tan ciego espíritu se hallaba uno en quien la generación actual se puede fijar con complacencia como en el modelo mas brillante de la integridad y de la sabiduría.

(3) «Era muy pequeño de cuerpo con extraña hechura, que de la cintura abajo tenía tanto cuerpo como cualquiera hombre alto, y de la cintura al hombro no tenía una tercia. Andando á caballo parecía aun mas pequeño de lo que era, porque todo era piernas: de rostro era muy feo; pero lo que

genio, siendo al mismo tiempo mas indispensable que el genio mismo en un hombre que tiene en sus manos la suerte de sus semejantes. En Gasca las diversas cualidades estaban combinadas con tal armonía que no había lugar para el exceso. Parecía que las unas arreglaban los movimientos de las otras. Al paso que su humanidad le decía cuáles eran las necesidades de sus semejantes, la razón le enseñaba hasta qué punto podían satisfacerse y el medio mejor de efectuarlo. No gastaba su fuerza en planes ilusorios de filantropía como Las Casas, pero tampoco tenía en cuenta la política egoísta de los colonos. Aspiraba al mayor bien, pero al mayor bien practicable.

Para conseguir su objeto rechazó igualmente los medios violentos y el fraude. Confió en la fuerza de la persuasión, y el origen de su poder fue la confianza que llegó á inspirar su integridad. Entre las calumnias que hacen circular los partidos, ninguna imputación se dirigió á la integridad de Gasca (4). No es maravilla que virtud tan rara fuese tan estimada en el Perú.

Hay hombres cuyo carácter es tan á propósito para las crisis particulares en que se presentan, que parecen especialmente designados por la Providencia para dominarlas. Tales fueron Washington en los Estados Unidos y Gasca en el Perú. Podemos concebir que haya hombres de cualidades mas altas á lo menos en la parte intelectual. Pero la maravillosa conformidad de su carácter con las exigencias de su situación; la perfecta habilidad con que supieron elegir los medios mas conducentes para conseguir el fin que se proponían son las que constituyen el secreto de sus triunfos. Ellas hicieron á Gasca sofocar gloriosamente la revolución, y á Washington, aun mas gloriosamente, llevarla á cabo.

La conducta de Gasca, cuando llegó á las colonias, da la idea mas exacta de su carácter. Si hubiese llegado con aparato militar ú ostentando autoridad, todos los corazones y todas las manos se le habrían cerrado. Pero el humilde eclesiástico no escitó temores, y sus enemigos quedaron ya desarmados antes de que hubiera empezado á marchar contra ellos. Si Gasca, impaciente con la obstinación de Hinojosa, hubiera dado oídos á las sugerencias de los que le aconsejaban su captura, habría puesto su causa en peligro por esta prematura ostentación de violencia; pero prefirió sabiamente ganarse el apoyo de su enemigo por medio de la persuasión.

De la misma manera supo aguardar la ocasión oportuna para hacer su entrada en el Perú. Esperó á que sus comunicaciones hubiesen producido efecto en el ánimo del pueblo, y cuidó de no introducir la hoz en el campo hasta que el grano estuviese maduro. De este modo adonde quiera que fué halló todo preparado para su llegada, y cuando puso el pie en el Perú, el país era ya suyo.

Ocupados hasta ahora con caracteres de hombres ignorantes y turbulentos, es satisfactorio insistir en la pintura de uno como el de Gasca. En la larga procesion que ha pasado ante nuestros ojos, solo hemos visto al caballero forrado de hierro, blandiendo su sangrienta lanza, montado en su caballo de batalla y destrozando indios ó combatiendo contra sus amigos y hermanos; fiero, arrogante, cruel, escitado por la sed del oro ó por el deseo, poco mas honroso, de una bastarda gloria. Mezcladas con estas cualidades

la naturaleza le negó de las dotes del cuerpo se lo dobló en las del ánimo. Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo II.

(4) «Fue tan recatado y estremado en esta virtud, que puesto que de muchos quedó mal quisto quando del Perú se partió para España por el repartimiento que hizo; con todo eso jamas nadie dijo del ni sospechó que en esto ni en otra cosa se viese movido por codicia.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCV.

hemos visto tambien centellas de aquel carácter caballeresco y romántico de los siglos heróicos de España; pero con algunas escepciones honrosas era la escoria de los caballeros españoles la que pasó al Perú á servir bajo la bandera de los Pizarros. Al fin de esta larga fila de acerados guerreros vemos á un pobre y humilde misionero llegando al país para desempeñar una misión de misericordia y proclamando la paz en todas partes. No anuncia su llegada la trompa guerrera, ni los lamentos de los heridos y moribundos marcan sus huellas. Los medios que emplea están en perfecta armonía con el fin á que aspira: sus armas son los argumentos y la suave persuasión; es la razón á la que quiere vencer, no al cuerpo: adelanta en su camino por medio de la convicción, no por la violencia: es una victoria moral la que quiere mas poderosa, y por fortuna mas sólida que la que consigue el sangriento conquistador; y al alcanzar tranquila é imperceptiblemente, digámoslo así, estos grandes resultados, nos recuerda la manera pausada é insensible con que la naturaleza efectúa sus grandes cambios en el mundo material, cambios que subsisten cuando la furia del huracán ha pasado y se han olvidado ya sus estragos.

Con la misión de Gasca termina la historia de la conquista del Perú. La conquista en realidad finaliza cuando sofocada la insurrección peruana, la fuerza, si no el espíritu de la raza india, queda aniquilada para siempre. Pero el lector debía tener una curiosidad natural de seguir hasta el fin la suerte de la notable familia que conquistó el país. Ni la historia de la invasión seria completa, sin una noticia de las guerras civiles á que dió origen; la cual sirve además de comentario moral á los acontecimientos precedentes, mostrando que tarde ó temprano, y aun en esta vida las consecuencias de la satisfacción de pasiones fieras y desenfrenadas vienen á caer sobre la cabeza del criminal.

Verdad es que á la partida de Gasca se renovaron los desórdenes del país. Las aguas habian estado demasiado agitadas para sosegar de repente; pero fueron gradualmente calmándose bajo la templada administración de sus sucesores, que supieron como cuerdos aprovecharse de su política y ejemplo. Así la influencia del digno presidente duró aun despues de haberse él retirado de la escena de sus tareas, y el Perú, hasta entonces tan alterado, continuó gozando del mismo reposo que gozaban las demas provincias del imperio colonial de España. Con la misión de Gasca, pues, el historiador de la conquista se permite dar por terminada su obra, como el viajero que, habiendo recorrido largo tiempo horribles bosques y peligrosos desfiladeros sale al fin á una hermosa llanura que presenta el risueño aspecto de la tranquilidad y de la paz.

Agustín de Zárate, autoridad respetable y muchas veces citada en la última parte de esta obra, era contador de Mercedes en Castilla. Ocupó este empleo por espacio de quince años, al cabo de los cuales fue enviado al Perú para examinar el estado de la hacienda colonial, desorganizada á consecuencia de los recientes disturbios, é introducir en ella el orden posible.

Zárate salió, pues, con el séquito del virey Blasco Núñez y por las pasiones imprudentes de este se encontró muy luego encerrado en el laberinto de las discordias civiles. En la guerra que siguió á la llegada del virey permaneció con la audiencia, y al acercarse Gonzalo Pizarro á Lima, le encontramos en aquella capital de donde salió comisionado por los jueces para intimar al jefe insurgente que disolviese sus tropas y volviese á sus estados. El historiador ejecutó esta comisión, que parece no le agradó mu-

cho y que no dejaba de ser arriesgada. Desde entonces raras veces hallamos su nombre entre los actores de las agitadas escenas que siguieron. Probablemente no tomó mas parte en los sucesos que la que indispensablemente exigían sus circunstancias; pero sus observaciones desfavorables á Gonzalo Pizarro, indican que aunque desaprobó la conducta del virey, estuvo muy lejos de aprobar la criminal ambición de su rival. Los tiempos eran ciertamente poco propicios para la ejecución de las reformas que Zárate habia llevado encargo de plantear en el Perú. Pero mostró tanto celo por los intereses de la corona, que el emperador á su vuelta le dió una prueba de su satisfacción nombrándole superintendente de la hacienda en Flandes.

Poco despues de su llegada al Perú parece que fue cuando concibió la idea de informar á sus compatriotas de los extraordinarios sucesos que pasaban en la colonia, sucesos que además presentaban notables pasajes al estudio del historiador. Aunque recogió notas y diarios, segun nos dice, para este fin, no se atrevió á aprovecharse de ellos hasta su vuelta á Castilla; porque «haber empezado, dice, la historia en el Perú, habría sido lo bastante para poner mi vida en peligro; porque cierto capitán llamado Francisco de Carbajal amenazaba que se vengaría del que fuese bastante temerario para intentar la relación de sus hazañas, las cuales mas que recordarse y escribirse merecían condenarse á eterno olvido.» En este capitán el lector reconocerá fácilmente al veterano maestro de campo de Gonzalo.

A su vuelta á España Zárate se ocupó en componer su obra. Primero pensó limitarse á referir los acontecimientos que siguieron á la llegada de Blasco Núñez, pero pronto conoció que para que estos fuesen inteligibles tenía que remontarse hasta su origen. Entendió por tanto mas su plan y empezando por el descubrimiento del Perú, presentó un cuadro completo de la conquista y subsiguiente ocupación del país, y terminó su narración con la misión de Gasca. Para la primera parte de su historia se refirió á las relaciones de los que figuraron mas principalmente en los sucesos, siendo mas breve al contar estos que al referir aquellos de que fue á un tiempo actor y espectador, y en los cuales, consideradas las ventajas de su posición para adquirir informes, su testimonio es del mayor valor.

Alcedo en su *Biblioteca Americana* dice que «la obra de Zárate contiene mucho bueno, pero que no merece el dictado de exacta.» Escribió en efecto bajo la influencia del espíritu de partido que necesariamente separa un tanto á los mejores ánimos de sus naturales inclinaciones; y esto debemos tenerlo en cuenta al leer su narración. Pero no aparece en ella intención alguna de desfigurar la verdad por favorecer su causa, y la proporción que tenía para beber en las mejores fuentes hace que se encuentren en su obra por menores que no pudieron adquirir otros cronistas. Hállase además su relación sazónada con reflexiones y comentarios regulares que ilustran algunos pasajes oscuros de aquel período fecundo en acontecimientos. Sin embargo por su estilo no puede aspirar demasiado al lauro de la elegancia y de la corrección; al paso que sus sentencias llegan á tener á veces aquella extensión fastidiosa é interminable que distingue las gárrulas composiciones de los cronistas medianos de los siglos antiguos.

Las personalidades en que necesariamente había de incurrir en semejante obra hicieron desistir al autor de su publicación, á lo menos durante su vida. «El celoso caballero castellano, dice, mira con indignación la censura por mas leve que sea y aun la alabanza raras veces le parece bastante para lo que él merece.» Así manifiesta estar convencido de que obran sabiamente aquellos que conservan en manus-

critos las historias de su tiempo hasta que haya pasado la generacion cuya susceptibilidad puede afectarse con ellas. Su manuscrito, sin embargo, fue presentado al emperador y fue tan recomendado por el soberano, que Zárate, cobrando ánimo consintió en darlo á la prensa. Apareció, pues, en Amberes en 1555, en octavo, y 1577 se hizo en Sevilla una segunda edicion en folio. Despues ha sido incorporado en la preciosa coleccion de Barcia, y cualquiera que fuese la indignacion ó desagrado que escitase entre sus contemporáneos, ya porque se viesen censurados, ya porque no hallasen en sus páginas los elogios que creyeron merecer, es lo cierto que la obra de Zárate ocupa un lugar permanente entre las mas respetables autoridades para la historia de aquel tiempo.

El nombre de Zárate naturalmente recuerda el de Fernandez, porque ambos trabajaron en el mismo campo histórico. Diego Fernandez de Palencia, ó el *Palentino*, segun comunmente se le llamaba, pasó al Perú y sirvió como particular en el ejército real levantado para reprimir la insurreccion que estalló despues de la vuelta de Gasca á Castilla. Entre sus ocupaciones militares halló tiempo para recoger materiales para la historia de aquel período, para cuya composicion fue instado ademas por el virey Mendoza, marques de Cañete, que segun el mismo autor nos dice, le nombró cronista del Perú. Esta muestra de confianza en su capacidad literaria prueba mayores dotes en Fernandez de las que se infieren de la humilde posicion que ocupaba. Con el fruto de sus investigaciones el soldado cronista volvió á España, y al cabo de cierto tiempo completó su historia de la insurreccion de Giron.

El presidente del consejo de Indias vió el manuscrito y quedó tan complacido con su lectura que escitó al autor á que escribiese de la misma manera la historia de la rebelion de Gonzalo Pizarro y de la administracion de Gasca. El historiador fue ademas estimulado, segun dice en su dedicatoria á Felipe II, por la promesa de una recompensa de parte de este monarca cuando terminase sus trabajos; promesa muy conveniente y política, pero que inevitablemente sugiere la idea de una influencia no enteramente favorable á la severa imparcialidad histórica. Esta idea no está en efecto en desacuerdo con la verdad; porque al paso que la narracion de Fernandez presenta con estudio la causa del rey bajo el aspecto

mas favorable, hace muy escasa justicia al opuesto bando. No era posible ciertamente que un escritor pensionado por la corona disculpase la rebelion; pero hay siempre circunstancias atenuantes que, aunque condenemos el crimen, pueden servir para mitigar nuestra indignacion contra los criminales; y estas circunstancias no se encuentran en las páginas de Fernandez. Es desgracia para el historiador de tales sucesos que sea tan difícil encontrar un escritor dispuesto á hacer justicia al rebelde vencido. El Inca Garcilasso, sin embargo, no se ha desdenado de hacerla en el caso de Gonzalo Pizarro; y aun Gomara aunque vivia á la sombra, ó mas bien al sol de la corte, ha aventurado algunas veces una protesta generosa en su favor.

La comision dada á Fernandez le puso en disposicion de adquirir los mejores datos, á lo menos por la parte tocante al gobierno, pues ademas de la comunicacion personal que tuvo con los gefes realistas, pudo leer su correspondencia, diarios y comunicaciones oficiales. Aprovechóse bien de esta oportunidad, y su narracion, tomando la historia de la rebelion desde su origen, continúa hasta su estincion final y hasta el término de la administracion de Gasca. Así la primera parte de su obra vino á terminar en el principio de la segunda, y el todo presentaba un cuadro completo de los disturbios del pais hasta que se introdujo un nuevo orden de cosas restableciéndose de un modo permanente la tranquilidad.

La diction es bastante llana sin aspirar á bellezas retóricas fuera del alcance del autor, ni guardar el carácter sencillo de crónica. Las sentencias están arregladas con mas arte que en la mayor parte de las pesadas composiciones de aquel tiempo; y aunque no se advierten pretensiones de erudicion ni de filosofía, la corriente de los sucesos sigue su curso de una manera ordenada, bastante prolija, es cierto, pero dejando una impresion clara é inteligible en el ánimo del lector. Ninguna historia de aquella época puede compararse con esta en la abundancia de pormenores; y á ella han acudido historiadores mas modernos como fuente inagotable para llenar sus páginas, circunstancia que es por sí sola bastante testimonio de la general fidelidad y de la copia de detalles de la narracion. La crónica de Fernandez, así arreglada en dos partes bajo el título de *Historia del Perú*, fue dada á luz en vida del autor en Sevilla en 1574, en un tomo en folio que era el tamaño del manuscrito.

FIN.

APÉNDICES.

NUM. I.— Véase la pág. 12.

Descripcion de los viajes de los Incas: extractada de la relacion de Sarmiento, MS.

(El manuscrito que ha sido copiado de la coleccion de Lord Kingsborough, se halla en la biblioteca del Escorial.)

QUANDO en tiempo de paz salian los Incas á visitar su reyno, cuentan que iban por él con grand magestad, sentados en ricas andas armadas sobre unos paños lisos largos, de madera escelente, engastados en oro y argenteria; y de las andas salian dos arcos altos hechos de oro, engastados en piedras preciosas. Caian unas mantas algo largas por todas las andas, de tal manera que las cubrian todas; y si no era queriendo el que iba dentro, no podia ser visto, ni alzaban las mantas si no era cuando entraba y salia, tanta era su estimacion; y para que le entrase aire y él pudiese ver el camino, havia en las mantas hechos algunos agujeros hechos por todas partes. En estas andas havia riqueza, y en algunas estaba esculpido el sol y la luna, y en otras unas culebras grandes ondadadas y unos como bastones que las atravesaban. Esto trahian por encima por armas, y estas andas las llevaban en ombros de los señores, los mayores y mas principales del reyno, y aquel que mas con ellas andaba, aquel se tenia por mas onrado y por mas favorecido. En rededor de las andas, á la ila, iba la guardia del Rey con los arqueros y alabarderos, y delante iban cinco mil honderos, y detras venian otros tantos lanceros con sus capitanes, y por los lados del camino y por el mismo camino iban corredores fides, descubriendo lo que havia, y avisando la ida del Señor, y acudia tanta gente por lo ver, que parecia que todos los cerros y laderas estaba lleno de ella, y todos le daban las venticiones, alzando alaridos, y grita grande á su usanza, llamándole, *Ancha atunapo indichiri campo capalla apatuco pacha cambia balla Yulley!* que en nuestra lengua dirá, «Muy grande y poderoso Señor, hijo del Sol, tú solo eres Señor! ¡todo el mundo te oya en verdad!» Y sin esto le decian otras cosas mas altas, tanto que poco faltaba para le adorar por Dios. Todo el camino iban Indios limpiándolo, de tal manera que ni yerba ni piedra no parecia, sino todo limpio y barrido. Andaba cada dia cuatro leguas, ó lo que él queria. Paraba lo que era servido, para entender el estado de su reyno; oia alegremente á los que con quejas le venian, remediando, y castigando á quien hacia injusticias. Los que con ellos iban no se desmandaban á nada ni salian un paso del camino. Los naturales proveian á lo necesario, sin lo cual lo havia tan cumplido en los depósitos que sobraba; y ninguna cosa faltaba. Por donde iba salian muchos hombres y mujeres y muchachos á servir personalmente en lo que les era mandado, y para llebar las cargas: los de un pueblo las llevaban hasta otro, de donde los unos las tomaban y los otros las dejaban; y como era un dia y cuando mucho dos, no lo sentian, ni de ello recibian agravio ninguno. Pues yendo el Señor de esta manera, caminaba por su tierra el tiempo que le placia, viendo por sus ojos lo que pasaba, y proveyendo lo que entendia que convenia, que todo era cosas grandes é importantes; lo cual hecho, daba la buelta al Cuzco, principal ciudad de todo su imperio.

NÚM. II.— Véase la pág. 21.

Noticia del gran camino construido por los Incas en la llanura de Quito al Cuzco: extractada de la relacion de Sarmiento, MS.

UNA de las cosas de que yo mas me admiré, contemplando y notando las cosas de estos reynos, fué pensar cómo y de qué manera se pudieron hacer caminos tan grandes y sovervios como por él vemos, y que fuerzas de hombres bastaran á lo hacer, y con qué herramientas y instrumentos pudieron allanar los montes y quebrantar las peñas para hacerlos tan anchos y buenos como están; porque me parece que si el Emperador quisiese mandar hacer otro camino real como el que há del Quito al Cuzco, ó sale del Cuzco para ir á Chile, ciertamente creo, con todo su poder, para ello no fuese poderoso ni fuerzas de hombres lo pudiesen hacer, sino fuese con la órden tan grande que para ello los incas mandaron que hubiese: porque si fuera camino de cinquenta leguas, ó de ciento ó de doscientas, es de creer que aunque la tierra fuera mas áspera, no se tubiera en mucho con buena diligencia hacerlo; mas estos eran tan largos que havia alguno que tenia mas de mil y cien leguas, todo hecho por sierras tan grandes y espantosas que por algunas partes mirando abajo se quitaba la vista, y algunas de estas sierras derechas y llenas de piedras, tanto que era menester cavar por las laderas en piedra viva para hacer el camino ancho y llano, todo lo cual hacian con fuego y con sus picos; por otros lugares havia subidas tan altas y ásperas, que haciendo entre medio de ellos algunos descansos anchos para el reposo de la gente; en otros lugares havia montones de nieve que eran mas de temer, y estos no en un lugar sino en muchas partes, y no así como quiera sino que no há ponderado ni encarecido como ello es, ni como lo vemos, y por estas nieves, y por donde havia montañas de árboles y céspedes lo hacian llano y empedrado si menester fuese. Los que leyeren este libro y hubieren estado en el Perú, miren el camino que há desde Lima á Xauxa por las sierras tan ásperas de Guayacoire y por las montañas nevadas de Pavacaca, y entenderán los que á ellos lo oyeren si es mas lo que ellos vieron que no lo que yo escribo.

NÚM. III.— Véase la pág. 25.

Política que observaban los Incas en sus conquistas: noticia tomada de la relacion de Sarmiento, MS.

UNA de las cosas que mas se tiene embidia á estos Señores, es entender quan bien supieron conquistar tan grandes tierras y ponerlas con su prudencia en tanta razon como los Españoles las hallaron cuando por ellos fué descubierto este reyno, y de que esto sea así muchas veces me acuerdo yo estando en alguna provincia indómata fuera de estos reynos oir luego á los mismos Españoles yo aseguro que si los Incas anduvieran por aquí que otra cosa fuera esto, es decir no conquistarán los Incas como lo otro que supieran servir y tributar, por manera que quanto á esto, conoziada está la ventaja que nos hacen pues con su órden, las gentes vivian con ella y crecian en multiplicacion y de las provincias estériles hacian fértiles y abundantes en tanta manera y por tan galana órden